

## DONOSO CORTES EN SU PARALELO CON BALMES Y PASTOR DIAZ

**H**ACIA 1833, con la muerte de Fernando VII, inician su vida pública, casi a un mismo tiempo, tres figuras importantes —las más del siglo XIX hasta Menéndez Pelayo— del pensamiento español. Nacieron con diferencia de meses: Juan Donoso Cortés, el 6 de mayo de 1809, en término de Don Benito; Jaime Balmes, el 28 de agosto de 1810, en Vich; y Nicomedes Pastor Díaz, en Vivero, el 15 de septiembre de 1811. Sus vidas comienzan, pues, durante la gran movilización del espíritu nacional que supuso la Guerra de la Independencia. Casi con su nacimiento alienta la división, que luego se hará profunda, entre los españoles, separados por móviles políticos. Unos olvidan y reniegan del pasado y otros desean prolongar la línea tradicional española, extrayendo de ella lo que tiene de permanente para acomodarla a la corriente de los tiempos.

Balmes, que indudablemente está seguro desde su primera juventud de que ha de ocupar un puesto importante en el futuro español, se prepara para ello con calma y discreción, con la misma serenidad con que se estudia el plan de una batalla por un Estado Mayor. Todos los actos que realiza son escalones que cree le acercan a su meta; en escasos momentos desespera de lograrla; pero los más, aunque las circunstancias le sean adversas, ve claro que le espera el triunfo. A lo que aspira es a influir con su pluma en la evolución de los acontecimientos políticos y sociales. En su camino va despacio, pero seguro. Es el que más tarde de los tres, de quienes nos ocupamos, va a ser conocido. En 1834, cuando recibe las órdenes del presbiteriado, los otros dos han triunfado ya en Madrid. Hasta 1841, en que termina el período que se ha llamado de su "vida oculta", no logra un lugar entre las figuras de su época. Donoso en 1853 tiene su primer puesto político, y ya era conocido en los círculos literarios, donde —en la tertulia de Quintana— conoció a Pastor Díaz el año 1832. El que más profunda evolución ideológica experimentó en el transcurso de su vida fué Donoso, que de un liberalismo doctrinario pasó a un exaltado tradicionalismo. Balmes, cuando salió a la vida

pública, sabía bien lo que quería; su unión con el marqués de Viluma hace que podamos llamarle como a éste, isabelino tradicionalista, es decir, partidario del orden y del catolicismo; pero, a pesar de las relaciones que tuvo con Don Carlos, partidario de la reconciliación de las dos ramas, aunque sufrieran menoscabo alguno Isabel y sus derechos. Pastor Díaz, en su escasa evolución, no pasó nunca del liberalismo: partidario de la legalidad a todo trance y de un sistema armónico de representación popular, como gran defensor del Estatuto Real de 1834, fué un verdadero hombre de la situación y ocupó todos los puestos de la escala política: diputado, gobernador civil, consejero de Estado y ministro por tres veces. Representó a España en el extranjero, fué secretario del Banco de Isabel II y presidente del Real Consejo de Agricultura, Industria y Comercio.

También es Pastor Díaz el que más glorias académicas recibió. Balmes, elegido miembro de la Real Española en fecha cercana a su muerte, no llegó a ocupar su sillón. Donoso leyó su discurso de ingreso en esta Academia, para la que fué elegido el mismo día que el vicense, en que trató de la Biblia. Don Nicomedes fué académico de la Real Española y de la de Ciencias Morales y Políticas.

Familiarmente sus vidas son muy semejantes. Balmes, sacerdote, se preocupó grandemente por la marcha de la débil economía de sus hermanos y sobrinos, y estuvo presente en todas las desgracias familiares. Donoso enviuda a poco de casar, y toda la vida permanece ya en esta situación, dedicando su afecto, hasta en los detalles más mínimos, a sus padres y hermanos. Soltero es Pastor Díaz quien, con su ternura gallega, envía afectuosas cartas a su madre, contándole todos sus éxitos y consolándola de los fracasos que alguna vez le alcanzan.

La muerte tampoco les separa en mucho. Se lleva primeramente a Jaime Balmes, que muere, el 9 de julio de 1848, en su cama, rodeado de los suyos. Le sigue Donoso Cortés, que fallece lejos de su Patria, en París, donde entonces era embajador de España, el 3 de mayo de 1853, de hipertrofia del corazón, enfermedad que, según el diagnóstico médico acaba igualmente con Pastor Díaz el 22 de marzo de 1863.

Hay los restos de Balmes descansan en el claustro de la catedral de Vich, los de Donoso Cortés en el mausoleo del Cementerio de San Isidro de Madrid, donde fueron trasladados en 1900, y los de don Nicomedes en su pueblo natal, Vivero.

No parece que existiera relación alguna entre Balmes y Pastor Díaz, pues militaron en campos distintos y su pensamiento jamás se interfirió. Es probable que ni siquiera se conocieran personalmente. Su obra, por otra parte —a pesar de haber tratado sobre los mismos puntos—, ofrece pocas razones de contacto. Estudiaremos, pues, las relaciones del pensamien-

to de Donoso con el de cada uno de los dos, ya que el marqués de Valdegamas sí tuvo relación con cada uno de los otros.

El género literario más cultivado por los tres fué el periódico, en el que publicaron sus más importantes trabajos, aparte de un par de libros de cada uno de ellos, que alcanzaron gran difusión. También usaron la oratoria, y así son célebres los discursos de Donoso sobre Europa y la Dictadura, y las lecciones sobre el socialismo en el Ateneo, de Pastor. Balmes no fué orador, se lo impedía la profunda reflexión que procedía a sus trabajos, incompatible con la espontaneidad oratoria.

### *Balmes y Donoso.*

En torno a estas dos grandes figuras se han planteado posiciones distintas sobre un pensamiento en el fondo común. De Balmes se ha pasado al "balmesiano", como actitud reflexiva en política, como doctrina sin arrebatos que busca concretamente la actitud precisa para cada momento, y en la que predomina la fría razón sobre la acción. Como contrapunto se ha llegado al "donosiano", incapaz de avencencias y de términos medios, política de grandes concepciones geniales que no admite pactos ni componendas, sino el triunfo de todo el Bien, de toda la Verdad, que cree poseer; sobre un punto del pensamiento se dispara enérgica y decidida la acción, que va rectamente, sin desviaciones a la consecución de todo su fin. No hacía falta ir muy lejos para descubrir en la vida de estos hombres su posición personal e ideológica. Balmes ha recogido la seriedad de su tierra nativa; fía más en el valor educativo y personal acumulado al cabo de años de formación, que en el escopetazo improvisado e intuitivo; prepara concienzudamente sus trabajos, y al presentar soluciones a la política de su tiempo, estudia todos los caminos posibles y dirige a sus compatriotas por el que cree más posible, aunque a él personalmente no le guste demasiado; sueña con una estructura social nueva, y alimenta la creencia de que aún es posible la salvación; no hay en él un sólo gesto heroico: todo su afán durante la guerra civil es no aparecer como carlista ni como cristino, no comprometerse; cuando durante la regencia de Espartero va a París traba relación por igual con los expatriados del grupo liberal y con los del carlista, y a su vuelta a España procura hacerse oír para que se sepa que no viene en son de conspirador, que no se ha comprometido a nada ni con nadie. Una sola vez aparece desafiando todas las tempestades, y fueron muchas: es cuando publica el Pto IX que tan grandes disgustos le ha de costar, hasta el punto de acelerarle la muerte.

Donoso es impulsivo y extremista. Cuando pertenece al grupo de Quintana aparece como un encendido liberal, cuando evoluciona, defiende la necesidad de los regímenes extraordinarios ante el mal que acosa a la sociedad europea; desde París, en una de sus cartas, dice que lee a Fray Luis, y afirma, seriamente convencido, que quizás su camino fuera el de la contemplación. No quiere los caminos largos, prefiere la línea recta, aunque en el camino haya que derribar lo que se oponga, porque va inspirado e impulsado por el rayo de su entrega total a lo que crec. Donoso no presenta visiones tenues de la sociedad, se agarra a lo apocalíptico y derrama sus truenos como un torrente profético sobre sus contemporáneos, que le escuchan atónitos; quiere sacudirles, hacerles despertar, para que contemplen con él sus visiones sombrías del mañana. Y en este camino no busca subterfugios ni habla con rodeos. Donde está Donoso está todo él, enteramente entregado. Anda siempre por encima de las pequeñas minucias de la política cominera de la hora. En Balmes puede estudiarse, paso a paso, la hora política que vivió; en Donoso, sobre todo después de lo que viene llamándose su "conversión", no se ven sino las grandes concepciones geniales, en las que analiza y critica los sistemas y eleva la limpia arquitectura de otros nuevos. Por eso, en lo puramente político, Balmes ha pesado más que el marqués de Valdegamas. "Donoso pasmará", dijo un día Pastor Díaz. Ahora, a los cien años de su muerte, sigue arrebatando y acercándonos a los problemas ideológicos de hoy, desde la seria y segura postura de su catolicismo.

Este paralelo entre Balmes y Donoso, esta contraposición, ha sido largamente estudiada. Recientemente José María García Escudero (1) ha insistido sobre ello, aun cuando descubre en Balmes vetas de donosianismo y en Donoso vetas de balmesianismo. En un planteamiento de las dos tesis —el ímpetu y la síntesis de Donoso, la sensatez y el análisis de Balmes— hace una división de nuestros políticos, de nuestro pensamiento y acción política, en estas dos categorías. El valor máximo de la tesis de García Escudero reside en presentar a Balmes como una corrección de Donoso, cuya lectura es más agradable; pero la juventud, profundamente tremendista, necesita del freno y el pensamiento razonador que la obra balmesiana supone. Y aquí reside también el mayor error de la obra del sacerdote catalán: "A todo el sistema balmesiano, tan razonable, le faltó, para haber movido a los españoles hacia su realización, ser un poco irrazonable. A menudo vale más hacer imperfectamente las cosas, que, por apurar cautelas, de-

(1) *Política española y política de Balmes.*— Instituto de Cultura Hispánica. Madrid, 1950. Pág. 27 y sigs.

jarlas sin hacer, y es signo de cordura poner en las empresas una partecilla de locura”.

García Escudero, desorbitando un poco el sentido de la obra de Donoso, la considera tremendista, poco razonable, impulsiva, amiga de la acción; pero todo esto, que sería terrible si no tuviera un pensamiento vivificador, que es precisamente el que le da el fuego necesario para el movimiento, es una gran virtud cuando, en momentos de grandes crisis sociales —como el que le tocó vivir al marqués de Valdegamas—, no cabe sólo la labor tranquila de despacho y la investigación pura. Los gestos y los gritos de Donoso para sacudir a su generación, no se quedaban sólo en la mímica y voz, porque le impulsaba a ellos la visión de un porvenir catastrófico de la humanidad, que a nosotros precisamente nos ha tocado ver hecho realidad. No sólo gritó ante el peligro que vislumbraba proféticamente, sino que señaló un camino y clavó una doctrina cuya exposición y desarrollo completo quedó truncada por una muerte repentina, cuando estaba en el “cénit” de su grandezza. La exaltación donosiana podría ser peligrosa, en todo caso, para quienes se quedan sólo con el gesto desmelenado, con lo que entienden por “donostanismo”, pero no para quienes penetran con espíritu sencillo de educandos por las páginas del Juan Donoso Cortés de vida clara y ejemplar, que arrebatadamente va acercándose, paso a paso, hacia un ideal de perfección.

“Siempre será cierto —dice García Escudero— que, por lo mismo que los moralistas recomiendan a cada cual el ejercicio preferente de las virtudes opuestas a sus defectos, a nosotros nos convienen las virtudes balmesianas de manera especial”. Conforme, pero siempre que no olvidemos de tal forma las virtudes raciales que nos hagamos otros distintos a los que realmente somos, a puro de querer imitar y conseguir unas virtudes que no nos van. Realmente, lo necesario es encauzar nuestras virtudes-defectos de tal forma que rindan todo su inmenso valor. No olvidemos el profundo error de quienes importaron para nuestra política concreta los modos de actuar públicamente de los católicos belgas y franceses. Bien sabemos que éstos que quisieron hacer de Balmes un antecesor de su doctrina, no estaban en lo cierto, porque como muy bien dice García Escudero: “hay que repetir, ante todo, que Balmes —por no dejar de emplear ese vocabulario— no entra entre los que Tejado llamaba “innominados” —los “católico-liberales” de algunos años después—, es decir, entre los que expresamente transigen en los principios o de tal manera ceden que, aun sin abandonar su ideal, hacen prácticamente almoneda de él” (1).

Esta postura de oposición entre Donoso y Balmes la señala

(1) Ob. cit.

ló ya Menéndez Pelayo (1): "Balmes y Donoso —dice— comprendían el movimiento católico en España desde 1834. Entre ellos no hay más que un punto de semejanza: la causa que defienden. En todo lo demás, son naturalezas diversísimas y aun opuestas", y en una exaltación, digna del ilustre polígrafo montañés, afirma que son sus libros verdaderamente nacionales, en el más glorioso sentido de la palabra", y así como alabó a Balmes por restaurador de la filosofía católica española y por su defensa de la razón, reprochó a Donoso su exagerado tradicionalismo, aunque quede superado por el gran espíritu que informó su vida.

Sus diferencias quedan superadas cuando nos dice don Marcelino que "ellos dieron el pan de la vida intelectual a una generación próxima a caer en la barbarie. Ellos hicieron volver los ojos a lo alto a los que se despedazaban como fieras. Ellos sacaron la política del empirismo grosero y del utilitarismo infecundo, y les hicieron entrar en el cauce de las grandes ideas éticas y sociales, tornándole su antiguo carácter de ciencia. Puesta en Dios la esperanza, no escribieron para el día de hoy, fiaron poco de personas ni de síntomas, todo lo esperaron de la regeneración moral, de la infusión del espíritu cristiano. Con el error no transiguieron nunca, con la iniquidad aplaudida y encumbrada tampoco. Si pasaron por la escena política fueron como peregrinos de otra república más alta. En lo secundario podrían diferir, en lo esencial tendrían que encontrarse siempre, porque la misma fe los ilusionaba" (2).

Por encima, pues, de toda diferencia de tono menor, estaba su unidad en un mismo frente para luchar contra el enemigo común. Quizás nuestros dos hombres se conocieran por primera vez en París el año 1841, cuando Balmes fué a la capital francesa para procurarse la traducción de su libro sobre el protestantismo, y Donoso se encontraba allí como desterrado afecto al círculo íntimo de María Cristina, pero parece que nunca llegaron a tener una gran amistad. Balmes criticaba al extremeño por sus visiones sombrías y apocalípticas del porvenir, por su pesimismo que no descubría la posibilidad de una Restauración, y Donoso, por su parte, hablaba así del vicense: "Balmes, que siempre fué un gran pensador, nunca fué un gran artista; sus estudios literarios no iban bien aparejados con sus estudios filosóficos. Ocupado exclusivamente de la idea, había descuidado la expresión, y la expresión es generalmente floja, aunque sus ideas sean grandes. Su es-

(1) *Historia de los heterodoxos españoles*. Edición Nacional, Tomo VI, página 402.

(2) Menéndez Pelayo expresa estas mismas ideas en *Discursos de crítica histórica y literaria*.—Capítulo VII, pág. 283.—Edición nacional de sus obras.—Santander, 1947.

tilo era laxo, difuso y los hábitos de la polémica —esa matorra de estilos— le habían vuelto palabrero. En su escrito *Pío IX*, Balmes levanta repentinamente su expresión a la altura de la idea, y la idea grande brilla por primera vez en él revestida de una expresión magnífica y grandilocuente. Cuando Balmes murió, el escritor era digno del filósofo; medidos con la medida de la crítica eran iguales" (1).

Indudablemente las asperezas de trato entre Balmes y Donoso eran, en primer lugar, temperamentales. Aquel cura provinciano, seco, razonador, no podía congeniar con el escritor atildado y elegante, admitido en todos los círculos sociales, literarios y políticos madrileños. Donoso dijo a Blanche-Raffin, aunque no se ve claramente el significado real, que militaba en "partido político contrario a Balmes". Esta disidencia entre ellos era patente, como lo prueba el que Pidal y Mon en su "Análisis de *El Criterio*" (2) afirma para alabar el conocido libro belmesiano, que Donoso había elogiado el *Pío IX*. Otra fuente de sus disidencias era el tradicionalismo del marqués de Valdegamas, jamás compartido por el sacerdote. Cuando más seguro estaba en su posición Donoso, cierto de haber encontrado su camino, Balmes recelaba más y más de aquel grupo ideológico. "Balmes veía con gran evidencia que todo lo que era destruir la razón era destruir la verdad, pero guardó siempre gran miramiento en hablar contra el tradicionalismo, porque no podía hacerlo sin desprestigiar a los principales apologistas que tenía entonces nuestra religión, y él no quería imponerse esta tarea que con tanto gusto había tomado sobre sí con espíritu vanidoso. Pensó que era suficiente afirmar la verdadera doctrina, y generalmente no habla contra los tradicionalistas de buena fe; mas como en Laménais no concurría esta circunstancia, hablando de él es cuando condena el tradicionalismo" (3).

De forma concreta, por otra parte, Jaime Balmes expresó su disconformidad con Donoso y su obra, y lo significó diciendo que "con frecuencia se olvidaba del fondo"; que "con tal que el prestigioso castillo se abra con dimensiones gigantes nada le importa que le falte el cimiento de la realidad"; que "nadie le escuchaba para convencerse"; que era un orador excepcional, excéntrico, astro errante y solitario, especie de cometa que atraviesa por entre los planetas; pero no en el sistema, sino que se lanza a distancias inmensas adonde se pierde de vista"; que "cerca de elevadas regiones pudieran creer los astrónomos que con su cola luminosa anuncia volunta-

(1) Obras. Tomo II, Madrid, 1894. Pág. 265.

(2) Barcelona, 1910. Pág. XXXIII.

(3) Biografía de Balmes, en el tomo I de sus Obras completas, Biblioteca de Autores Cristianos.— Pág. 288.

des de cielo, pero que esta creencia sería infundada, porque aquí no hay más que un fenómeno natural" (1).

Carlos Ruiz del Castillo ha hablado recientemente (2) de un posible entendimiento entre las dos grandes figuras si se hubieran tratado unos años después de la "conversión" de Donoso: "¡Cómo se hubieran entendido aquellos dos católicos ejemplares si la desaparición de uno de ellos no los hubiera separado en el momento en que pudieron confluír sus actividades!". "El mundo —continúa— necesita esos modelos. Muchas de las voces de Donoso encuentran resonancias actuales. Yo no lo opongo a Balmes. Son —es cierto— mentes heterogéneas, aunque hermanadas en el servicio de la Verdad. Lo que en Donoso es sistema, en Balmes se torna exigencia de cada día, lo que en Donoso es desconfianza de la naturaleza humana, en Balmes es necesidad de contar con ella, aun conociendo sus malas inclinaciones; lo que en Donoso se da como transfusión del seglar por el apologista, en Balmes se da como transfusión de la virtud sacerdotal en un mundo que busca el consuelo de sus necesidades perentorias."

En realidad, la crítica adversa, el enemigo, los ha unido para hacerles blanco de sus iras y de sus injusticias. Así Lafuente les llama a los dos por igual "adalides del partido clerical".

Superadas hoy las pequeñas diferencias de enfoque, a los dos se les une, sin hacer distinción, también, al hacer el balance de los valores católicos españoles en el siglo XIX, y se les une, además, con un mismo calificativo: el de tradicionalistas. Sus nombres aparecen juntos infinidad de veces, y evocan por sí una misma cosa, un mismo espíritu, un mismo valor. No estuvieron unidos en las empresas terrenas, cuando luchaban en flancos diferentes de una misma línea defensiva contra el enemigo común, pero hoy se les une en la gloria y en el magisterio, sobre las generaciones que les han seguido (3).

### *Donoso y Pastor Díaz.*

La amistad entre Donoso y Pastor Díaz fué íntima, de relación diaria, de confiarse sus aspiraciones y secretos; y de realizar juntos diversas empresas. Esta amistad estaba cimentada

(1) Gabino Tejado: Biografía de Donoso en *Obras Completas*. Capítulo I, pág. VIII. Madrid, 1891.

(2) "El buen sentido en la Filosofía y en la Política de Balmes". Conferencia pronunciada en Vich el 15-6 1848. Ediciones del Ayuntamiento de Vich, 1930.

(3) No queremos terminar este paralelo sin hablar de la conferencia pronunciada en 1887 por don Alejandro Pidal Mon, en la que el autor se acusa de "un entusiasmo reflexivo, pero arrollador, por los éxitos de Balmes y una repulsión espontánea y mítica (aunque yo la crea reflexiva también)... hacia las obras de Donoso". *La España del siglo XIX*, cap. III, pág. 15. Madrid, 1887.

esencialmente en su vocación literaria, y cuando el marqués de Valdegamas varía su posición política y se separa del moderantismo, al que siempre estuvo afiliado el político gallego, se distancian también los hombres hasta aparecer en campos totalmente opuestos. La amistad de Donoso con Pastor Díaz fué mucho mayor que con Balmes; pero también, en un momento determinado, su separación llegó a ser más grande.

Una de las primeras tertulias que Pastor Díaz, con su cabeza llena de versos y el corazón ansioso de triunfos, frecuenta a su llegada a Madrid, es la del poeta Quintana, a quien sin duda fué recomendado. Allí conoció al joven extremeño que, como él, acababa de llegar a la Corte para hacerse un nombre. Quizás fué esto lo que les unió íntimamente, que desde entonces se visitaron frecuentemente, y aún más, convivieron los primeros años, cargados de dificultades. Por otra parte los dos rindieron tributo al espíritu del siglo, pues "poeta y político en el siglo XIX eran líneas paralelas".

Los dos trabajaron conjuntamente, al lado de otros ilustres escritores y políticos de la época, para resucitar el Ateneo, en 1834, y ambos fueron propuestos para la directiva del primer centro cultural de España en aquella época. Zorrilla, triunfador con una poesía en el entierro de Larra (14 de febrero de 1837), fué invitado a la tertulia que había en casa de Donoso, donde le conoció Pastor. Desde entonces los dos amigos prestaron toda su ayuda al vate vallisoletano, quien dijo en uno de sus artículos de "Los lunes del Imparcial": "Nicomedes Pastor Díaz y Donoso seguían sosteniéndome y animándome, y yo seguí asombrando al público con multitud de mis poéticos engendros".

Donoso y Pastor hicieron juntos la revista "El Porvenir", que tenía carácter literario con ribetes políticos, costeándola de su escaso peculio personal. Las dos figuras, al lado de otras ilustres personalidades —Martínez de la Rosa, Pacheco, Ríos Rosas, Ventura de la Vega, Mesonero Romanos, Pidal y Campoamor— redactaron la *Enciclopedia Española del siglo XIX*, en la que se asignó al futuro marqués de Valdegamas el concepto "Aristocracia".

Pastor Díaz admiraba sinceramente a Donoso, de quien había dado expresión más exacta de lo que con sus escritos había de producir: "pasmará", y no tiene inconveniente en proclamar la gran influencia que de él recibió cuando habla de la impresión que le produjo la lectura de *Las voladas de San Petersburgo*, de De Maistre: "Es verdad que yo había vivido mucho con Donoso, y Donoso era una edición de De Maistre con comentarios" (1).

La separación entre los dos amigos se produjo a raíz del

(1) Cuaderno de autógrafos, 4.º, 249.

casamiento de Isabel II, cuando Pastor Díaz, Pacheco e Isturiz dan vida al partido político que se conoce con el nombre de puritano. En diversas ocasiones, a partir de entonces, hubieron de encontrarse enfrente. Así Pastor se opuso con toda su fuerza a la aprobación de la Constitución de 1844, en la redacción de cuyo proyecto tan intensamente había intervenido Donoso, para defender el Estatuto Real de 1834. Otro motivo de su disensión fué la intervención de Donoso en las relaciones de los rejos esposos Isabel y Francisco de Asís. Según afirma Natalio Rivas (1), influyó en el ánimo del Rey para que exigiera ciertas condiciones y garantías antes de reconciliarse con su esposa, y en carta que escribió a Narváez, entonces en París, decía: "Pacheco, Pastor Díaz y Vaamonde han llegado a comprender que no pueden presentarse ante el Parlamento manteniéndose separados los Augustos Esposos y han resuelto retirarse si no consiguen su reunión".

Quizás ya no volvieron a estar unidos políticamente hasta 1851 en contra de Narváez. "Era verdaderamente insopportable —el duque de Valencia—, dice Pedro de Répide, y escindido ya el partido moderado, sólo le sostenía a Narváez el apoyo de la reina madre y otro tan valioso o más, el pollo Arana, como ya se le llamaba en Palacio y fuera de él, y cuya privanza aparecía con fuerza superior a la de sus antecesores en el augusto agrado de la reina. La oposición crudía. Los hombres más prestigiosos del bando moderado, como Benavides, Pastor Díaz, Donoso Cortés y Ríos Rosas, estaban ya frente al Duque de Valencia. O'Donnell y Ros de Olano lo combatían, y él temía la creciente influencia de los hermanos don Manuel y don José de la Concha" (2).

Es interesante el observar la trayectoria diferente de estas dos vidas que se inician unidas por la edad y por las comunes aficiones y pensamientos. Pastor Díaz tiene sus ideas generales sobre el mundo y la política, dentro de un sistema moderado, aunque cargado de tinte liberal, y encontró acomodo seguro en importantes puestos de gobierno. No tendía a lo brillante, como Donoso, pero sus éxitos, materiales y concretos, eran más seguros que los de éste. El único importante de Donoso fué el de embajador; Pastor ocupó muchos otros de mayor relieve.

A la hora de definirlos con un solo calificativo, a Pastor Díaz se le llamará poeta, por más que su actuación política, como hemos visto, fuera tan grande. Sin embargo a Donoso, en justicia, se le llama pensador político.

En un juicio comparativo entre los dos personajes y Zorri-

(1) *Anekdótico histórico*, pág. 449. Ed. Aguilar, Madrid, 1946.

(2) *Isabel II. Vidas españolas e hispanoamericanas del siglo XIX*. Espasa-Calpe.

lla, dice Valera que Pastor Díaz fué "romántico como Zorrilla; en una edad madura fué como Donoso, profundamente católico, sin ser como él absolutista. Donoso y Zorrilla le han vencido por lo brillante y por lo fecundo; han tenido más lozanía, más imaginación, más abundancia que él; pero a ambos les ha faltado lo que tenía nuestro poeta, lo que siempre supo poner en sus obras prestándoles un encanto que en los otros no se halla: el corazón, la ternura, la pasión verdadera". No es exacto, ni mucho menos, que Nicomedes Pastor tuviera una idea del liberalismo igual a la de Donoso y Balmes, como dice Ramón Canosa (1), si bien en algunos puntos—sobre todo en su visión del peligro del socialismo, como ya hemos dicho—coincidieron.

### *El casamiento de Isabel II.*

Para fijar claramente la posición y la ideología de Balmes, Pastor Díaz y Donoso, nos detendremos en dos de los más importantes acontecimientos de la historia de su tiempo —las bodas reales y las reformas de Pío IX— y en la forma en que vieron el nacimiento del socialismo y vislumbraron su porvenir.

El casamiento de Isabel II podía haber variado el curso de la historia de España (2). Los enlaces reales se han concertado siempre —he aquí uno de los grandes medios de las monarquías al servicio de la paz de sus pueblos— para lograr un pacto entre naciones o asegurar la cordialidad y mejoramiento de relaciones entre ellas. Cuando la hija de Fernando VII estaba en disposición de contraer matrimonio, España tenía planteado el grave problema de su división interior, ahondada por la guerra civil, recién concluída. Aun a pesar de tratados concertados entre Francia e Inglaterra sobre el matrimonio de la joven soberana, si España hubiera conseguido buscar una solución para poner fin a las discordias interiores, es casi seguro que la intervención extranjera no hubiera aparecido. La solución española no podía ser más que una: la boda de Isabel II, reina de la España oficial, con Carlos VI, Duque de Montemolin, rey de la gran mayoría española, que veía en él una firme garantía para el trono y para el futuro español. Dos corrientes se sustentaron en este punto: 1.ª la tesis carlista, por tanto de Carlos V, presentada por el diario *La Esperanza*, de unir al Duque de Montemolin, heredero de la corona en la dinastía expatriada, y a Isabel II con igualdad de derechos y, por lo tanto, figurando igualmente los dos como reyes, re-

(1) "Pastor Díaz y sus conferencias en el Ateneo de Madrid". Revista *Arbor*, núm. 41, pág. 179.

(2) Véase *Isabel II*, de Pierre Luz. Ed. Juventud. 5.ª edición, 1945.

pitándose así, de esta forma, la unidad dinástica e ideológica española, como en lo territorial lo habían logrado los Reyes Católicos; 2.<sup>a</sup>, la tesis de *El Pensamiento de la Nación*, defendida principalmente por Balmes, según la cual la unión de Isabel II y el Duque de Montemolin sería sobre la base de aceptar éste únicamente el papel secundario de Rey Consorte, sin derecho alguno a intervención política y sin ocupar número en la cronología de los reyes de España; el hijo de ambos reuniría las dos legítimidades, la de la Ley Sálica y la de la Ley de Partidas. El Duque de Montemolin, ya rey de la España carlista, por abdicación de su padre (18 de mayo de 1845) —según consejo de Balmes, conforme se afirma—, a pesar de que en un manifiesto dijera: “No hay sacrificio, compatible con mi honor y con mi dignidad, al que no me encuentre dispuesto para poner fin a las discordias civiles y apresurar la reconciliación de la familia real”, entiende que esta segunda tesis era inaceptable para la dignidad real de que estaba investido —ya que la aceptación sería tanto como renunciar a ella—, y con ello se rompe esta posibilidad de unidad entre los hombres de España, ya que ni en el Palacio de Madrid, ni los miembros del Gobierno, querían oír hablar de que la dinastía carlista pudiera compartir la dirección del Estado.

Como hemos visto, ha entrado aquí ya Jaime Balmes, sustentando su opinión sobre el grave problema de los casamientos reales, que fué, sin duda, una de las campañas que más fama le dieron (1). Su labor comenzó trabajando por la abdicación de Carlos V en favor de su hijo, lo que favorecía la desaparición de una posible resurrección de brotes carlistas adictos al hermano de Fernando VII, en el caso de que el matrimonio se lograra. Después, parece —son muchos los que lo afirman, y Balmes no lo negó— que redactó el manifiesto del nuevo Carlos VI a la nación española. Los artículos que publicó en *El Pensamiento de la Nación* forman una serie de ocho (2). En todos ellos Balmes estudia la posibilidad de unificación de los distintos grupos políticos en torno al joven matrimonio que proyectaba: carlistas, progresistas y moderados. Encontró apoyo menos decidido para sus gestiones en el grupo moderado que entre los carlistas. El gobierno de Narváez lanzó una terrible circular contra Don Carlos, y Balmes se vió obligado a decir: “Aquí no hay más sistema que el del general Narváez, que escribe sus decretos con la punta de la espada”.

Cuando Francia, en un momento determinado, por luchar contra los Coburgo, apoyados por Inglaterra, hace proposicio-

(1) Biografía de Balmes, del P. Casanovas, en el tomo I de sus *Obras Completas*. B. A. C. Madrid, 1948.

(2) Jaime Balmes: *Obras completas*. B. A. C. Tomo VII. Madrid, 1950.

nes a Montemolín, Balmes, y junto a él Metternich, es uno de los llamados para dar su consejo. La publicación del matrimonio de la Reina con Don Francisco de Asís fué tan sentida por Balmes, que originó la muerte de *El Pensamiento de la Nación*, donde dejó su más importante obra política.

El marqués de Vilama y los demás componentes del grupo *El pensamiento de la Nación* (1) no creían posible conseguir que el partido moderado y la Reina Madre consideraran nunca como Rey al Duque de Montemolín; pero Carlos VI no podía venir de otro modo, pues no podía renunciar a derechos que hubieran recogido sus hermanos. Respecto a esta cuestión fundamental decía Balmes: "¿Cuáles son los medios de llenar las condiciones expresadas sin ofender la susceptibilidad de la Reina y de sus defensores? HeLa aquí: 1.º En los contratos matrimoniales la Reina podía usar el nombre de tal, y el Conde de Montemolín, el de Carlos Luis de Borbón, sin añadir el título de Rey ni el de Infante. 2.º En uno de los artículos del contrato se debería expresar que luego de contraído el matrimonio tendrá el Conde el título de Rey y el tratamiento de Majestad. 3.º En otro artículo se debería expresar que todos los actos de la autoridad real serían firmados por los dos esposos. 4.º Se debería añadir otro artículo en que se dijese que después del matrimonio, la Corona, de acuerdo con las Cortes, resolverá las cuestiones de supervivencia y fijará para todos los casos posibles la suerte del Príncipe y de toda su familia. Esto tiene la ventaja de muchas apariencias de liberalismo y lleva la cuestión al terreno donde se debe llevar, según nuestra legislación antigua y moderna. Además, con esto, el príncipe no rebaja su dignidad y no deja abierto el camino a pretensiones de otros". Esto, que quizás hubiera llegado a aceptar en último extremo Don Carlos, no lo admitiría M.ª Cristina, que, a todo trance, quiso impedir el matrimonio de Isabel con el hijo de su cuñado.

Si fracasó este intento, cuya iniciativa y desarrollo se debe en su mayor parte a Balmes, que hubiera podido evitar el siglo de guerras y discordias civiles que siguieron a la boda de Isabel II, fué por las ambiciones y odios familiares de la Reina gobernadora y los intereses de las potencias extranjeras, descosos siempre de influir sobre la suerte de la Península.

Aparte de esta posibilidad de unión isabelino-carlista, había los siguientes candidatos a la mano de Isabel: D. Enrique de Borbón, duque de Sevilla, hijo segundo de Francisco de Paula y doña Luisa Carlota, masón y progresista, que incluso llegó a pronunciarse contra la Reina; el también hijo de

(1) Márquez de Rozalco: *Chesté o todo un siglo* (1809-1906). *Vidas españolas e hispanoamericanas del siglo XIX*. Espasa-Calpe, 1959. Págs. 155 y sigs.

don Francisco de Paula, Don Francisco de Asís, de quien doña María Cristina, la Reina Madre, dijo al embajador de Francia: "En fin, usted lo ha visto, usted lo ha oído. Sus caderas, sus andares, su vocecita..., ¿No es eso un poco intranquilizador, un poco extraño?", y a quien la propia Reina llamaba "Paquita". Otro candidato, el que con más ardor defendió, al parecer, la Reina Madre a quien se lo sugirió, al parecer, el embajador inglés, fué Leopoldo de Sajonia-Coburgo. El primer candidato que tuvo Francia —es decir, Luíz Felipe de Guizot— fué Don Francisco de Paula de Borbón Sicilia, conde de Trapani, hermano de María Cristina y, por tanto, tío y primo de Isabel II, pero este nombre no era grato al pueblo español y la prensa le opuso su veto decididamente; su más decidido defensor fué Bresson, embajador de Francia.

La cuestión de matrimonio real español se convirtió en una lucha de carreras entre los embajadores inglés y francés en Madrid que, decididamente, querían que fueran sus respectivos candidatos los que triunfasen, para asegurarse así la influencia y, con ella el triunfo ante sus respectivos soberanos. Siguiendo la tradición establecida hasta el tratado de Utrecht, en las entrevistas de Eu —septiembre de 1845— Inglaterra admitió la tesis francesa de que la reina de España no pudiera casar más que con un descendiente de Felipe V, al mismo tiempo que Gran Bretaña se aseguraba que no se unieran las coronas francesa y española. Pero estos acuerdos fueron olvidados a menudo y unos y otros trabajaron poniéndose zancadillas, adelantándose a los acontecimientos, hasta que en un momento determinado resultó vencedora Francia con sus nuevos candidatos: Francisco de Asís para Isabel II, y el Duque de Montpensier para Luisa Fernanda, y resultó chanceado el embajador inglés Bulwer, que mantenía entonces la candidatura del Coburgo. El futuro español quedaba una vez más hipotecado por obra y gracia de la intervención extranjera. Francia había hecho triunfar su tesis: un príncipe sin grandes probabilidades de asegurar la decadencia de la familia real española y que no fuera el marido firme, inteligente y valeroso que ayudara a la esposa en las duras tareas del trono. Inglaterra, temerosa de la demasiada influencia francesa en la Península, envió por medio de Palmerston, el 16 de septiembre, sus consignas al embajador Bulwer, concordes con sus medios de acción en el Continente: "Apruebo completamente todo lo que habéis hecho, y repito lo que decía lord Anglesen a los irlandeses: "Agitad, agitad, agitad". Sin embargo, tened cuidado de no mezclaros en ningún proyecto de revuelta; pero, evitando toda complicidad en tales actuaciones, podéis sostener en sus disposiciones hostiles a los que veáis dispuestos a creer en el apoyo de la nación y, por consecuencia, a llevar a cabo cualquier tentativa de este género. La primera cosa que

hay que hacer, y no dudo que lo habréis intentado, es conciliar a los progresistas y a los moderados; y si los carlistas tuvieren buen sentido (presumo que no lo tienen, pues, de lo contrario, dejarían de ser carlistas), se unirían a los otros dos partidos para llevar a cabo una gran empresa nacional, a fin de librar a su país de la dominación francesa" (1).

Aquí la posición mantenida por Donoso fué distinta a la de Balmes y a la de Pastor Díaz. Desde su estancia en París, quizás por influencia de sus amigos franceses y por la de la Reina Madre, defendió el matrimonio de Isabel con el Conde de Trapani. No hemos de dejar de reconocer que en este asunto no estuvo Donoso a la altura de las circunstancias. Rectificó su candidatura en cuanto en Madrid se puso en contacto con la realidad española. En 24 de enero de 1846 (2) escribía a M. Lavergue, uno de los que habían inspirado la candidatura Trapani: "El país se encuentra profundamente conmovido; ya nadie habla ni de despotismo, ni de libertad, ni de exaltados, ni de moderados. Todos hablan solamente de Trapani; unos para insultarle; otros para maldecirle; ninguno para defenderle" "Yo no puedo votar contra Trapani, porque tiene la simpatía de la Reina Cristina, ni puedo votar a favor porque mi conciencia me dice que votar a favor de él es votar contra el trono de mi Reina y Señora Doña Isabel". Algún inconveniente le costó abandonar su antigua posición, pues en cartas posteriores dice: he cortado todas mis relaciones con Palacio".

En el archivo de la familia Donoso Cortés, en Don Benito, hay muchos escritos y minutas de cartas relacionadas con el casamiento, por lo que se demuestra que tuvo un papel importante en la primera etapa de la tramitación de las bodas reales. Entre estos papeles hay uno que debe de ser del año 1842, en el que Donoso, con su propio puño y letra dice:

"Bases acordadas entre Levegne y yo, aprobadas por Guizot: Proponer a la Francia, a la Inglaterra, al Austria y al Norte de la Europa entenderse sobre la cuestión española sobre las bases siguientes:

- 1.º El matrimonio de la Reyna con un príncipe Napolitano.
- 2.º La declaración de la mayor edad de la Reyna y la cesación de la Regencia de Espartero.
- 3.º El establecimiento de una Monarquía consultiva con una carta otorgada.
- 4.º Un tratado de comercio con la Francia y con la Inglaterra.

(1) Pierre Luz: Ob. cit., pág. 128.

(2) El original en el archivo de Don Benito (Badajoz), hoy en poder de don Manuel Donoso Cortés y García de Paredes.

- 5.<sup>a</sup> El reconocimiento de los Reyes por toda la Europa.
- 6.<sup>a</sup> El señalamiento de una pensión a los infantes Don Carlos y Don Francisco para que la disfrutaran fuera de España.
- 7.<sup>a</sup> Una amnistía general para los emigrados de todas las opiniones.
- 8.<sup>a</sup> Un concordato con el Papa para arreglar los usos de la Iglesia.
- 9.<sup>a</sup> Hacer salir de España a los infantes durante el curso de estas negociaciones, debiéndose encargar S. M. el Rey de los franceses de este asunto."

Nicomedes Pastor Díaz, siguiendo el criterio del partido moderado de los llamados "puritanos", que precisamente tomó cohesión y en estos momentos, al que pertenecían Isturiz y Pacheco, se oponía al matrimonio de Isabel con el Infante don Enrique, por la exaltación progresista de éste, y también con D. Francisco de Asís, porque significaba la influencia de Francia, como bien sabía el ex presidente Isturiz, por la presión que en su ánimo pretendió ejercer el embajador Bresson. Pastor Díaz en la sesión del Congreso de 17 de septiembre de 1846 (1), en la que se discutió el Mensaje del Gobierno a la Reina con motivo de la comunicación de su matrimonio, atacó duramente el que la Infanta Luisa Fernanda casara al fin con don Enrique, ya que un día podían llegar a ser Reyes de España. Sobre la política exterior española dijo: Si nosotros no fuimos enteramente franceses en el siglo pasado, fué porque la política de la Casa de Borbón, ni en Francia fué francesa, ni fué nacional; fué política de familia: era un dinastía decadente, no identificada con los intereses de la nación que gobernaba". El predominio de los Borbones en España —continuó— nos costó serios disgustos con Inglaterra, y nos costó el que fuéramos menospreciados en el Congreso de Viena". "¿Hemos pasado alguna vez más allá de ese Sena, que parece para nosotros un vallador europeo? ¿Hemos salido fuera de París, donde parece está el límite de nuestras relaciones? ¿Hemos ido al Danubio, al Spree, donde tiene amigos nuestra soberana, donde tiene alianzas que es preciso renovar? ¿Se ha hecho algo en nombre de los intereses diplomáticos, generales, elevados y útiles de esta Nación? Los hombres de Estado, ¿han mandado siquiera un explorador para tantear el medio de renovar estas alianzas, que están deseando abrirse las puertas de la Península? No, señores: yo no sé, a lo menos, que en ningún gobierno haya entrado ese pensamiento; yo no sé que haya tenido pensamiento ninguno. ¡Siempre la Francia!... ¡Como si no hubiera más Europa, como si no hubiera más mundo!

(1) *Obras completas*. Tomo VI, pág. 207. Madrid, 1868.

¡Siempre esa alianza que ahora vuelve a reproducirse!". Terminó su formidable discurso haciendo notar cómo el enlace no mejoraba nuestra posición exterior, ni ponía fin a las disensiones interiores. Parece probable, tras leer este discurso —a mi modo de ver uno de los mejores que pronunció en el Parlamento— que Pastor y todo el grupo moderado se inclinaron al Príncipe Coburgo, ya que, desde luego, hicieron pruebas ostensibles de que el Duque de Montemolín no les satisfacía. De no aceptar esta última, la suya era la mejor solución, ya que si no resolvía nuestros problemas, era un camino cierto para nuestra independencia.

A estas opiniones contestó con bastante dureza Donoso Cortés, quien tras alabar la discreción de la Reina y dirigirlé encendidos elogios, desproporcionados con el comportamiento de Isabel y su intervención en el asunto del matrimonio, dijo: "De las proposiciones del señor Pastor Díaz se seguiría una cosa: que no pudiendo nosotros huir de la dependencia de la Francia, sino cortando la alianza con ella, sería necesario subir los Pirineos hasta el cielo como un muro eterno; pero entonces el señor Pastor Díaz no reparará que nosotros no podríamos refrescar nuestras sienas con los vientos africanos" (1). No olvidemos que quien esto decía había de proclamar en otra ocasión su gran amor a Francia, en la que tan buenos amigos tenía.

Juan Donoso Cortés recibió, con motivo de la boda de Isabel II con el Infante Don Francisco de Asís, la entrada en la nobleza de Castilla y los títulos de vizconde del Valle y marqués de Valdegamas (25 de octubre de 1846).

### *Las reformas de Pío IX.*

A la muerte del Papa Gregorio XVI la situación de los Estados Pontificios, y en general la de toda Italia, era extremadamente delicada. Latía en los italianos el deseo de conseguir la suspirada unidad nacional, así como que la organización política se acomodara más a los vientos de libertad que soplaban en Europa. Mazzini había expresado claramente el objetivo al consignar al frente de los Estatutos del movimiento "Joven Italia": "Se instituye esta Sociedad para conseguir la destrucción inexorable de todos los Gobiernos de la Península y formar un solo Estado de toda Italia, bajo el régimen republicano". El nuevo pontífice, Pío IX, elegido el 16 de junio de 1846, aspiraba también a la unidad de Italia, como buen italiano, pero su aspiración se concretaba en el ideal de Gioberti,

(1) *Obras Completas*. "Biblioteca de Autores Cristianos". Tomo I, pág. 52. Madrid, 1946.

que propugnaba que la reunión de los Estados peninsulares debía llevarse a cabo bajo la dirección del Papado. Por otra parte se decía (1) que en su familia eran todos liberales, "hasta el gato", y que un hermano suyo había intervenido en los alzamientos populares contra el Pontífice anterior. Todo esto parecía confirmado por el hecho de que ante él habían rendido las armas los revolucionarios de Bolonia.

La subida de Pío IX al Solio Pontificio fué acompañada de medidas conciliatorias y moderadas; así, un mes después del acontecimiento, concedió una amnistía general que fué acompañada con tan excesivas muestras de júbilo, que al nuevo Papa le parecieron peligrosas. El 9 de noviembre de 1846, con objeto de hacer público que conocía quién intrigaba entre el pueblo para sobrepasar los límites justos de las concesiones que iba promulgando, publicó la Encíclica *Qui Pluribus*, en la que hablaba de las sectas y en la que hacía referencia al comunismo en un documento pontificio por vez primera. A poco, el Papa constituyó un Consejo de Ministros, en el que dió entrada a elementos seculares. También ahora el júbilo se trocó en desmanes y manifestaciones reprecensibles. Con este pretexto las tropas austríacas de guarnición en Ferrara salieron de sus puestos para ocupar otros más estratégicos, no por temer desórdenes, sino por no estar conformes con la política de Pío IX. El pueblo pidió que se declarara la guerra a Austria. Esta retiró sus tropas, y se calmaron los ánimos.

El Papa no vaciló en seguir el camino de las reformas. Instituyó la Guardia Cívica, reorganizó el Consejo y el Senado, creó una Consulta de Estado y otorgó una mayor libertad de Prensa. Por otra parte, continuó las gestiones para unir a los Estados italianos, y para éllo les envió emisarios. Metternich se opuso al proyecto y propugnó una unión antiliberal, mientras el Príncipe de Piamonte veía mal la preponderancia que quería ocupar el Pontificado.

El 24 de febrero de 1848 se proclamó la Revolución en Francia: Luis Felipe fué arrojado del trono y se proclamó la República. Al principio los revolucionarios no atacaron a la Iglesia, por lo que Pío IX envió una carta de gracias a Montalambert; pero, a poco, el arzobispo de París fué asesinado en plena calle, cuando intentaba poner paz entre los revolucionarios y las tropas gubernamentales. En el mismo año, Viena conoce la revolución y Lombardía se alza en contra de Austria; en Roma es atacada la embajada austríaca y se pide al Papa, nuevamente, la declaración de guerra contra esta nación. Pío IX fué atacado en su mismo Palacio, y se le exigió la proclamación de una Constitución al estilo de las que

(1) José Zuzunegui: "Pío IX y la Revolución de 1848". Revista Arbor, número 41, pág. 96. Mayo, 1949.

tenían los demás Estados italianos. Al día siguiente se dió publicidad al "Estatuto fundamental del Gobierno temporal de los Estados de la Iglesia", en el que el Papa se reserva la sanción de las leyes aprobadas por los Consejos, y cuanto se refiere al ejercicio de la autoridad espiritual. La revolución se extendió a los demás Estados italianos, y Milán y Venecia se sublevaron contra Austria, mientras Metternich caía del alto puesto que ocupaba en la política europea y austríaca, no sin antes afirmar que: "Si las Monarquías caen, es porque ellas mismas se entregan" (1). Ante estos hechos "la consternación más grande se apoderó de todos los ánimos, sin distinción de ideologías ni de clases sociales. El Papa manifestó públicamente su sentimiento, al mismo tiempo que su preocupación por el futuro. La mayoría de los católicos, desengañados, abandonaron paulatinamente la causa popular para inclinarse hacia el orden, la autoridad, la corriente política que desembocó en el Imperio. Mientras tanto, también el Papa tuvo ocasión de desengañarse definitivamente de la oportunidad de su política de concesiones y se vió obligado a solicitar el apoyo de las naciones católicas para el restablecimiento de la autoridad pontificia en sus propios Estados" (2).

El 25 de abril el Papa pronunció en el Consistorio su alocución "Non semel" en la que declaraba que no se pondría jamás al frente de las Repúblicas italianas y que aborrecía la guerra. Pero la Revolución ya no podía detenerse en la pendiente en que estaba lanzada. En el mismo Congreso se pidió la guerra contra Austria, aun después de las palabras de Su Santidad. Por condescendencia con los revolucionarios se nombró presidente del Consejo al conde Terencio Mamiani, del club Mazziniano. Ante la dimisión de varios ministros, el Papa llamó a Pellegrino Rossi, que el 15 de noviembre fué asesinado en plena calle. Pío IX huyó de los Estados Pontificios y se refugió en Gaeta el 24 de noviembre.

El 9 de febrero de 1849 el Gobierno nacido de la Revolución convocaba elecciones generales. Poco más tarde se votó la abolición del poder temporal del Papa y se proclamó la República. Austria, Francia y España (ésta con 9.500 hombres al mando del general Fernández de Córdoba) ayudaron militarmente al Pontífice. Fué Francia la que, por haber acudido la primera, logró su propósito. Seis meses después de proclamada la República el general Oudinot ocupaba la Ciudad Eterna y confiaba el mando a tres cardenales designados por el Papa, que el 12 de abril de 1850 entró triunfalmente en Roma.

Con esto se cierra el primer período para la abolición del poder temporal del Papado.

(1) A. Hermann: *Metternich*, pág. 472. Ed. Aguilar. Madrid, 1945.

(2) José Zuñunegui: *Ob. cit.*, pág. 104.

A pesar de la derrota, Cavour ondeó su lema de "Monarquía constitucional y la bandera tricolor nacional y la Constitución permanecieron en el reino de Cerdeña, pese a todos los ataques de que había sido objeto. La idea de la unidad nacional, que tan poderosa se había manifestado durante la revolución, encontró aquí una firme base". (1). Después de distintos acontecimientos de orden político y militar, el 12 de febrero de 1861, Víctor Manuel de Cerdeña fué nombrado rey de Italia. Roma y Venecia eran los únicos puntos que no pertenecían todavía a la Corona italiana, y Pío IX se negaba a tratar con "los revolucionarios". Garibaldi no se conformó y llamó a la lucha con la divisa: "Sin Roma no hay Italia". En septiembre de 1861 eran ocupados los Estados temporales de la Iglesia; pero a poco eran arrojados de ellos por las tropas de Napoleón III, que quedaron de guarnición en Civitavecchia, hasta que la guerra franco-prusiana hizo que estos Ejércitos fueran desplazados a otros lugares; ocasión que se aprovechó para la ocupación definitiva de Roma. El 22 de julio de 1871 Víctor Manuel estableció su corte en el Quirinal, mientras decía: "Estamos en Roma y permanecemos en ella".

Sobre tan graves hechos escribieron nuestros pensadores. Pastor Díaz fué el que alcanzó a ver más parte de estos acontecimientos transformadores de la autoridad pontificia. Sobre ellos escribió su libro *Italia y Roma: Roma sin el Papa* (2). en el que analiza el problema desde un punto de vista histórico, para llegar más tarde a soluciones concretas y contemporáneas. La obra es endeble, sobre todo por el afán de hacer grandes descripciones históricas, con enormes paradas de personajes célebres, que quitan fuerza y expresividad a lo que constituye el nervio substancial del tema. Donoso Cortés publicó diversos artículos referentes a las reformas de Pío IX en *El Faro*, y también se refirió al acontecimiento en alguno de sus discursos. Jaime Balmes escribió sobre la cuestión su célebre folleto *Pío IX*, en el que puso al rojo vivo una cuestión ya de por sí candente en España, que se salvó de las revoluciones del 48 por la espada de Narváez, cuyas represiones durísimas, evitaron, quizás, males mayores.

Las reformas de Pío IX fueron recibidas en nuestra patria con todo género de precauciones. Sirvieron, retorcidas, como base de propaganda para la defensa de algunas tesis liberales. Los periódicos de esta ideología afirmaron que el nuevo delegado apostólico, Monseñor Brumelli, venía a España para pedir transigencia a los católicos, especialmente en lo referente a los bienes eclesiásticos, lo que no querían admitir, so-

(1) Walter Goetz: *Historia Universal*, tomo VIII, pág. 82. Espasa Calpe. Madrid, 1947.

(2) Publicado en el tomo I de sus *Obras*. Madrid, 1866.

bre todo, los carlistas, que habían hecho una guerra de siete años en defensa de la tesis contraria. *La Esperanza y El Católico* adoptaron una postura de manifiesta frialdad respecto al Papa (1), defendiendo la consigna: "Las cosas como están y nada de reforma". Dice esto, que no parece ingenuo, el P. Casanovas, quien afirma también, lo que no es exacto, que los católicos españoles, especialmente los carlistas, aspiraban a un absolutismo de tipo ruso cuando, realmente, lo querían era una monarquía templada, tan enemiga del absolutismo como del liberalismo.

Al parecer, fué por inspiración de monseñor Brunellí, y para contrarrestar la mala opinión entre los católicos españoles sobre los actos políticos del Pontífice-Soberano temporal, por lo que Balmes escribió su *Pío IX*, que le originó tan gran número de disgustos que, según sus biógrafos, aceleraron su muerte. Es de suponer que el sacerdote catalán recibiera con gran contento esta insinuación, ya que afirmó: "El Papa y yo nos hemos encontrado", pues creía que las revoluciones se dominan con evoluciones, y que la Iglesia puede concordar con todas las políticas. El 15 de diciembre de 1847 salió el folleto, que fué juzgado duramente por sus enemigos. Hubo quien llamó a Balmes el "Lamennais español", y quien le injurió gravemente diciendo, lo que no puede admitirse, que aspiraba a la púrpura cardenalicia. "Mi *Pío IX*, no ha sido comprendido", fué la respuesta del atacado.

En el *Pío IX* (2), se ve claramente que no persigue más que dos objetivos: defender al Papa, y, apoyado en la fuerza de Su Santidad, defender lo que constituye la línea medular de su pensamiento político. La empresa del Pontífice la fija en estas líneas: "Conceder a la época lo justo y conveniente, negándole lo injusto y dañoso; mejorar la condición de los pueblos, sin precipitarlos en la anarquía; prevenir la revolución por medio de la reforma, quitándole a la impiedad motivos, ya que no es dable impedir que tome pretextos; privar de fuerza sus reclamaciones, haciéndolas huecas por la absoluta falta de razón; cimentar un orden político y administrativo que se sostenga por sí propio, sin necesidad de bayonetas extranjeras; desarrollar en los Estados Pontificios un espíritu público que los prepare para atravesar sin trastornos las profundas vicisitudes que ha de sufrir la Europa; hacer posible la duración de la soberanía temporal de la Santa Sede, no obstante la transformación de las ideas y costumbres de los pueblos". Fiado en su espíritu que para este caso, no du-

(1) Casanovas: *Biografía de Balmes en sus Obras Completas*. Tomo I. B. A. C. Madrid, 1948.

(2) Balmes: *Escritos políticos*, tomo X, pág. 245. Biblioteca "Balmes". Barcelona, 1926.

Jamos en calificar de cándidamente liberal, afirmó la conveniencia de hacer concesiones a los pueblos para evitar males mayores, y atacó la política de resistencia de Metternich, que si era equivocada, por cuanto su único ideal era la conservación del orden existente, sin perspectivas de un mañana necesario, significó, por otro lado, un duro valladar a los oleajes de las masas, puestas en movimiento en aquel entonces. Las palabras de Balmes que transcribimos a continuación, buenas para épocas de paz, no eran acertadas en tiempos tan cercanos a la revolución de 1848: "No sería muy acertada la opinión de quien hiciera descansar el porvenir del mundo sobre la política de Metternich. No es así, no, mil veces no: hay algo en la marcha de los acontecimientos que no cabe en moldes tan mezquinos; hay algo en la corriente de las ideas que pasa por entre las vallas de bayonetas; hay algo en la agitación presente y en los secretos del porvenir que no se encierra en las carteras diplomáticas. Es preciso no contar demasiado con los medios represivos, porque la experiencia los muestra débiles; a ideas es necesario oponer ideas; a sentimientos, sentimientos; a espíritu público, espíritu público; a la abundancia de mal, abundancia de bien; a constancia en disolver, constancia en unir; a tenacidad en trastornar, perseverancia en organizar. Lúchese en buena hora con las armas, cuando sea preciso; pero sin olvidar nunca la fuerza de la palabra y de la pluma: sin olvidar que los discursos y los escritos han trastornado más imperios que todos los ejércitos: que los estragos de la revolución francesa fueron precedidos de las palabras de fuego de Rousseau y de Voltaire; que los triunfos de Napoleón sobre las monarquías antiguas fueron precedidos de la lógica de Sieyès y la elocuencia de Mirabeau". Esa valoración excesiva del convencimiento por la palabra y la pluma ha sido el gran error de los demócratas cristianos y no cristianos que hoy se han visto sorprendidos con el duro mundo de nuestros días. Balmes no concibió, no llegó a descubrir, como sin embargo intuyó Donoso, quizás a través de las páginas de De Maistre, el gran valor expiatorio de la sangre, por eso, a él no le asustaban las guerras y confiaba en los Ejércitos, aunque bien supiera que la espada no puede hacer sino abrir el camino, que después necesita la semilla que caiga en el hueco abierto, porque, si bien es verdad que Sieyès y Mirabeau precedieron a Napoleón, fué éste, precisamente, quien expandió con las armas la doctrina revolucionaria de la Francia de 1789, que quizás, de otro modo, hubiera quedado encerrada en el espacio de sus fronteras. Y sirva de ejemplo y apoyo de estas palabras el caso de España, donde las armas derrotadas del Imperio napoleónico dejaron la trágica herencia de una sociedad concorde con las ideas que combatían en el campo. Balmes repite en apoyo de sus tesis: "¿Que-

réis evitar revoluciones? Haced evoluciones". Otra vez resuenan aquí ahora las palabras de Metternich que, ante las revoluciones que no evitaron las concesiones afirmaba: "Si las monarquías caen, es porque ellas mismas se entregan".

Donoso Cortés, ya desengañado de sus posturas anteriores, profundamente católico, no puede por menos, en sus artículos de *El Faro*, escritos en septiembre de 1847 (1), meses antes, por consiguiente, de la publicación de la obra de Balmes, que rendir homenaje a la gran figura del Papa, cabeza visible de la Iglesia. Brillante como siempre, extiende majestuosamente la clara visión del estado de las relaciones de las distintas naciones con el Pontífice. Tres son sus enemigos, a su ver: "Austria, representante de las pretensiones tradicionales del Imperio; la Francia, representante de las tradiciones de la revolución y de la antigua monarquía, y la Inglaterra, que no viene a representar tradiciones, sino a romper con ellas y a inaugurar una nueva política en los negocios peninsulares. Cada una de estas tres potencias va a defender en el suelo italiano su interés egoísta". Inmediatamente separa Donoso, punto de partida para el enfoque de la cuestión, las dos libertades posibles: la revolucionaria y la católica, la primera no es más que un medio en sí para conseguir el dominio y se impone exclusivamente por la fuerza; la católica procede del amor y triunfa por medio de la confianza que inspira. Pío IX aspira a implantar la libertad católica, su gran propósito es "hacer independiente y libre a la Iglesia, libre e independiente a la Italia; es emancipar pacíficamente, y a un mismo tiempo, la sociedad civil y la sociedad religiosa; es realizar el indisoluble consorcio de la libertad y el orden". En este orden de cosas, Pío IX no es un innovador, sino que viene a hacer realidad, a sostener, "lo que ha sostenido el Pontificado en toda la prolongación de los tiempos". Donoso ve en Pío IX una solución católica, superadora de las paganas, para los problemas de su época, pero no precisamente por cuanto pueda significar para aplacar a los revolucionarios o actuar con oportunismo político exclusivamente, sino en cuanto sus reformas encierran este fondo de libertad católica tan necesaria para la vida de los pueblos y de las sociedades.

Luego Donoso rectificó sus opiniones sobre las reformas de Pío IX. "Así como en otro tiempo —dice en una conocida carta— el Divino Maestro llamó a los judíos y a los gentiles, el gran Pontífice ha venido para llamar a sí a las monarquías y a los liberales. Ha sido crucificado por los liberales como Dios lo fué por los judíos. ¡Ay de los judíos!, ¡ay de los liberales!... En uno y otro caso ha habido un llamamiento se-

---

(1) *Obras Completas*, tomo II, B. A. C. Madrid, 1946.

guido de una catástrofe, hay que tener el llamamiento por bien hecho. Este es mi sí; he aquí ahora mi no. Me parece bien que los liberales hayan sido llamados; pero a condición de que lo mismo que los judíos no sean llamados sino una sola vez por todas hasta el fin de los tiempos; me parece que nuestro gran Pontífice será de la misma opinión... Nuestro Señor llamó a todo el mundo, perdonó a todo el mundo, y pidió por sus enemigos; pero, cuando pasada la catástrofe, salió de su sepulcro, no fueron ciertamente sus enemigos con quienes envió a reunirse a María Magdalena, sino con sus apóstoles y hermanos”.

Pastor Díaz publicó el trabajo más voluminoso sobre el tema de los de estos tres pensadores, pero su obra no tiene un gran mérito político ni literario. Más que a defender las reformas de Pío IX, que ya hacía algunos años que se habían producido cuando apareció *Italia y Roma; Roma sin el Papa*, trata de convencer de lo innecesario que le es a Italia, ya constituida bajo Víctor Manuel, la posesión de Roma. Afirma que la cuestión de Roma, por ser cabeza de la Cristiandad, no es un problema que afecte exclusivamente a los italianos, sino a los católicos de todo el mundo. El hacer de las cuestiones italianas asunto puramente “nacionalista” es empequeñecer al país, cuyas aspiraciones han sido siempre de orden universal y eterno. Frente a la tesis que afirma *La Iglesia libre en el Estado libre*, propone: “El Pontificado romano independiente, en una Italia independiente”. Encuentra claramente cuál es el fondo del problema al decir: “Para la revolución y el protestantismo, hacer de Roma la capital de Italia sólo significa el medio de que el catolicismo no tenga cabeza”. El libro termina con una gran invocación: “Guardad en Roma al Pontífice, italianos que queréis ser libres. Custodiadle vosotros mismos. Que no dependa de ningún Rey; que los dirija a todos”. Su solución para conservar al Papa en Roma es que los italianos tengan como capital de su Monarquía a otra ciudad cualquiera de las muy históricas de Italia. Pero sus voces no fueron oídas. El libro tuvo poca trascendencia, y realmente no merecía tener más.

### *El Socialismo.*

Ante el fracaso del liberalismo individualista tomaron auge las ideas socialistas, primero, adscritas al antiguo utopismo, después, dotadas del contenido científico que le prestó la Economía política, como una doctrina capaz de ser aplicada a la realidad social. Un grupo de estos socialistas descubrió bien pronto que su programa sólo podría ser realizado desde el Estado, al que habría que llegar por la lucha democrática o

la revolucionaria. El año 1848 produce dos fenómenos de enorme importancia para el socialismo: las revoluciones pierden, en gran parte, su cariz político y toman el de reivindicación social, la clase trabajadora adquiere conciencia de su fuerza y empieza a cohesionarse como movimiento cerrado. La aparición del *Manifiesto Comunista* de Marx y Engels, en este mismo año, vino a dar estado de opinión a una corriente que circulaba imprecisa hasta entonces.

Balmes, Donoso Cortés y Pastor Díaz no pudieron ver sino la iniciación del gran proceso socialista, que adquirió toda su fuerza más de cincuenta años después de su muerte, con el triunfo de la revolución bolchevique en Rusia. España, poco avanzada industrialmente, seguía siendo escenario de la lucha entre grupos políticos, pero los movimientos sociales obreros empezaron muchos años más tarde: en 1888, cuando se funda la Unión General de Trabajadores, por Pablo Iglesias, y ésta se adhirió a la Internacional (1).

El socialismo que llega a nuestros hombres es el que termina con Proudhon (1809-1865), su contemporáneo, de carácter filosófico-anarquista, pero que no posee todavía la técnica política y revolucionaria del marxismo-leninista. Las dos obras más importantes de Proudhon: *Qu'est-ce que la Propriété?* (1840) y *Filosofía de la miseria* (1846), se distinguen por sus duros ataques a la propiedad y por su fondo amargo y desilusionado, que no fía ni en la posibilidad de que mediante una conquista del Estado pueda hacerse variar la organización social existente. A él se refieren, más frecuentemente que a ningún otro, Donoso Cortés, Pastor Díaz y Balmes. De los tres, el que vió con más claridad el final que se avecinaba, fué el marqués de Valdegamas. En sus cartas y escritos menores, en el *Discurso sobre Europa* (30-I-1850), en el *Discurso sobre la Dictadura* (4-I-1849) y en *Ensayo sobre el Catolicismo, el Liberalismo, y el Socialismo, considerados en sus principios como fundamentales* (junio de 1851), vió Donoso cómo el único medio que había para combatir el socialismo era oponerle la espiritualidad de una religión. El socialismo es hijo de la Economía política, como el viborezno es hijo de la víbora, que, nacido apenas, devora a su propia madre. Entrad en estas cuestiones económicas, ponedlas en primer término, y yo os anuncio que antes de dos años tendréis todas las cuestiones socialistas en el Parlamento y en las calles. ¿Que quiere combatir el socialismo? Al socialismo no se le combate; y esta opinión de la que antes hubieran reído los espíritus fuertes, no causa risa ya en la Europa ni en el

(1) Juan José Morata: *Pablo Iglesias Posse. "Vidas españolas e hispano-americanas del siglo xix"*. Espasa Calpe, Madrid, 1951.

mundo; si se quiere combatir al socialismo es preciso acudir a aquella religión que enseña la caridad a los ricos, a los pobres la paciencia; que enseña a los pobres a ser resignados y a los ricos a ser misericordiosos (1). Combate el socialismo, porque se aprovecha del mal de la sociedad, para, tomándolo del punto de partida, producir el cataclismo del que, según él, ha de nacer la era de oro. El catolicismo, por el contrario, procura el mejoramiento individual de todos y cada uno de los miembros de la sociedad, para salvarla. Hace a Proudhon el campeón del mal que el socialismo representa: "Por lo que hace a él, si con su voluntad pudiera ordenar las cosas a su antojo, preferiría ser tenido por demonio a ser tenido por hombre. Hombre o demonio, lo que aquí hay de cierto es que sobre sus hombros pesan con abrumadora pesadumbre tres siglos reprobados".

No deja de reconocer el marqués de Valdegamas que el socialismo se ha producido naturalmente, que le han hecho vivir las circunstancias injustas de la sociedad; en su discurso en el Congreso, del 30 de diciembre de 1850, decía: "El socialismo debe su existencia a un problema, humanamente hablando, insoluble. Se trata de averiguar cuál es el medio de regularizar en la sociedad la distribución más equitativa de la riqueza. Este es el problema que no ha resuelto ningún sistema de economía política", y continúa en el mismo discurso: "Las cosas entre nosotros han venido hoy a punto que la sociedad, antes unida en unión santa y dichosa, está dividida en dos clases, de las cuales una puede llamarse vencida y la otra vencedora; aquélla, que ha sido favorecida por la suerte, tiene por divisa y por lema: "todo para los ricos". ¿Cómo queréis, señores, que esta tesis no engendre su antítesis, y que la clase vencida no exclame a su vez en son de guerra: "¡Todo para los pobres! Hay, pues, señores, entre las clases de la sociedad (y el Gobierno ni lo sospecha siquiera, ni lo ha estudiado siquiera, aunque tiene la obligación de estudiarlo y saberlo), hay, digo, entre todas las clases de la sociedad una guerra latente, que en el estado contagioso que tienen ciertas ideas de Europa, llegará a ser a la primera ocasión una guerra declarada". Su clara visión del porvenir, de la que es brillante muestra este párrafo, enlaza con la que despliega en el famoso *Discurso de Europa*, cuando hablaba de las posibilidades rusas, aumentadas por el socialismo, que le prepara el camino para una más fácil conquista del viejo continente.

El llamado catastrofismo donosiano tiene su expresión más aguda a la vista del socialismo; conocedor del carácter espa-

(1) Obras B. A. C., tomo II, pág. 305. Madrid, 1946.

ñol y de su impulsividad, afirma: "El día en que sean rotos los diques, veréis aquí más socialistas que en París... El carácter histórico de los españoles es la exageración en todo: exagcramos los vicios y las virtudes, las cosas grandes y las pequeñas; hemos exagerado la perseverancia hasta luchar siete siglos contra los árabes; hemos exagerado el odio de razas hasta exterminar a los judíos; hemos exagerado el sentimiento religioso hasta inventar la Inquisición; sólo nos falta exagerar el socialismo, y lo exageraremos, ciertamente. Entonces veréis lo que son los españoles, enamorados de una idea buena o mala" (1). Afirma las posibilidades de una introducción del socialismo en España, lo que ve fácil por nuestro abandono del sentido religioso, ya que "el socialismo es una enfermedad que acomete indefectiblemente, y por un alto designio de Dios, a toda la sociedad que, habiendo sido católica, ha dejado de serlo; y que no acomete sino a una sociedad que, habiéndolo sido, ha dejado de ser católica" (2). Pero este catastrofismo de Donoso aparece dominado por su profunda fe religiosa: "El triunfo del error puede ser tan largo como desastroso, pero no es nunca definitivo y eterno. La luz de la verdad puede padecer eclipses, y los que confiesan pueden recibir la corona del martirio o arrastrar la cadena de las tribulaciones; pero la verdad, hija de Dios, es reina del mundo y señora de la tierra" (3).

La más importante obra de Nicomedes Pastor Díaz son sus lecciones en el Atenco de Madrid durante el curso 1848-1849, acerca de *Los problemas del socialismo* (4), en la que brilla a una altura inigualada y aparece, por la meditación y estudio de los antecedentes de las circunstancias con que se encara, con una visión profética del porvenir, pareja de la de Donoso. Las lecciones, dice Cánovas del Castillo, que asistió a ellas, fueron leídas por su autor, pero ello no hizo disminuir la majestad ni la grandiosidad del discurso. A menudo se eleva en ideas geniales, pero jamás se desentiende de los pequeños problemas de orden inferior al filosófico y político. Su profundo catolicismo aparece, a cada paso, orientando y enfocando las cuestiones, imponiendo las soluciones únicas y eternas. "Si nos propusiéramos rebatir al atrevido socialista (habla de Carlos Fourier) no le opondríamos, por cierto, el *Contrato social*, ni la *Enciclopedia*, ni las soluciones liberales de Benjamin Constant, y Mr. Staël, ni las especulaciones doctrinarias de Guizot, ni el fatalismo histórico de Thiers, ni las incompletas teorías de Say, ni las decisiones de la Carta,

(1) Carta al Conde Raczyński, Dresde, 17 de septiembre de 1849.

(2) Carta a la Reina María Cristina desde París (26-XI-1851).

(3) *Historia de la Regencia de María Cristina*, Revista de Madrid, 1845.

(4) Pastor Díaz: *Obras*, tomo IV. Imprenta Manuel Tello, Madrid, 1867.

ni las penas del Código. Otro libro tomaríamos por escudo: *el Evangelio*" (1).

También Pastor Díaz, gran liberal, ataca el individualismo, por cuanto ha producido condiciones inferiores de vida en el hombre que lucha solo en una organización que le es contraria, por lo que se muestra partidario de una determinada forma de "socialismo", no del "socialismo moderno, que debía haber sido una reacción contra el individualismo, y no fué más que la última y extrema consecuencia de la filosofía, que había producido la situación contra la cual en vano se revelaba" (2). Es en las "lecciones" cuando Pastor se ve más cerca ideológicamente de Donoso: "Me someto al deber de mi conciencia y de mi posición. Sin querer estoy luchando contra tres adversarios poderosos: con la filosofía socialista, con la Economía política, y hasta cierto punto, con la Política constitucional". Concibe ya con toda su fuerza la concepción intervencionista del Estado socialista que penetra hasta en el santuario de los hogares, e inquiera datos e impone su voluntad a las familias y que —él mismo dice— puede dar cultura y prosperidad al pueblo, "Pero he aquí que en el seno de las muchedumbres se oye en aquel mismo momento una palabra atronadora que dice: "¡Democracia!". He aquí que se agita en el aire una bandera roja, donde está escrito: "¡Comunismo!", y la culpa de todo esto no se podrá echar entonces más que a las sociedades y a los Estados que se precipitaron a tal situación".

Es curioso observar cómo Pastor Díaz coincide con Donoso en su visión del porvenir y en el papel que en él comprende a Rusia: "El movimiento de las razas eslavonas, más numerosas hoy que las germánicas de la grande invasión, puede establecer de nuevo otra corriente polar de ejércitos y generaciones desde el Vístula y el Neva hasta el Bósforo, hasta el Tiber, hasta el Estrecho gaditano. Pero, ¿sabéis, si esta gran inundación se verifica, lo que vendrían a establecer y a consumir en el Centro y en el Mediodía de Europa, los montañeses del Oural y los hijos del Beresino? —Lo que?— ¿El comunismo, la democracia?" (3). Hoy, a los cien años de pronunciadas estas palabras, iguales a las de Donoso, los cosacos de Stalin, herederos de los de los Zares imperiales, avanzan sobre el corazón de Europa con la tea incendiaria del ideal marxista, después de unificar a las razas asiáticas.

La escasa diferencia de cinco años que hay entre la muerte de Balmes y la de Donoso, es suficiente para que el sacerdote vicense viera el problema socialista desde un plano dis-

(1) Ob. cit., pág. 15.

(2) Ob. cit., pág. 86.

(3) Ob. cit., pág. 18.

tinto que las dos figuras que estudiamos. Balmes atacó al socialismo científico y al utópico, y aun cuando arrojó también su lanza en alguna ocasión contra el revolucionario —especialmente contra Proudhon—, no llegó al vigor ni a la fuerza de los escritos sobre el tema de Pastor Díaz o el marqués de Valdegamas. Sus "Estudios Sociales" recogidos ahora en el tomo VII de las *Obras Completas*, publicadas por la Biblioteca de Autores Cristianos (1) son serenos y meditados trabajos de laboratorio, sin briosas exaltaciones, necesarias para luchar contra la potencia que el socialismo llevaba dentro. Habla de la civilización, de la prensa, de la población, de la instrucción primaria, de los precios, del valor y de la opinión pública; concretamente al socialismo dedica siete artículos —uno de ideas generales, tres a Roberto Owen, dos a Tomás Moro y uno a Luis Reybant—. Comienza afirmando el valor de las tesis socialistas, que no pueden dejar de tomarse en consideración, y dedica breves líneas a decir cómo ha sido superado el socialismo utópico. A estas teorías que basan todo el bien en el goce infinito de placeres y comodidades por el hombre, opone Balmes la doctrina cristiana de la renunciación: "Jesucristo enseñó que la mayor altura de perfección estaba en desasirse de todo para seguirle por el camino del cielo".

SANTIAGO GALINDO HERRERO

(1) Ob. cit., pág. 457.

